

En comunión con la vida silvestre



Conversación con Manuel Weber

Laura López Argoytia

Manuel Weber es un destacado especialista en salud de fauna silvestre con una importante trayectoria profesional y con un inevitable sentido del humor. Cuenta que en su paso por Vancouver, Canadá, escuchaba con paciencia la prédica de los testigos de Jehová y luego ellos tenían que oír su discurso sobre *El origen de las especies...*

Estudió el doctorado en ecología animal en la Universidad de Durham, Inglaterra, y es investigador del Área de Conservación de la Biodiversidad en la Unidad Campeche de ECOSUR.

Además de ser un apasionado de los animales –especialmente mamíferos, aves y reptiles– y empeñado en su conservación, practica la fotografía y mantiene un blog donde comparte los temas de su interés.¹

¿Cómo recuerdas tu infancia y adolescencia?

Nací en el Distrito Federal, pero crecí en el Estado de México, con una familia de clase media y educado en escuelas católicas. En la preparatoria ya estaba cansado de esa educación y me cambié a un CCH nocturno: una diferencia radical que realmente me marcó. Algunos compañeros eran ladrones de coches o prostitutas... Aprendí mucho de lo que era la *vida real* y dejé de ser un niño mimado. Eso fue en la adolescencia; de la infancia puedo decir que fui muy independiente, aunque soy el menor de seis hermanos. Desde los 12 años me iba a acampar solo; obviamente a un lugar muy seguro que mis papás conocían (Villa del Carbón). Me iba para ver a los animales y estar en contacto con la naturaleza, que desde muy niño fue mi pasión.

Así que desde entonces ya tenías interés por el mundo natural

Sí. Mi madre dice que a los seis años yo estaba seguro de que iba a ser veterinario o zoólogo. Finalmente soy ambas cosas, porque estudié veterinaria y después ecología animal, disciplina que está ligada con la zoología.

¿Tenías mascotas?

Tuve animales raros o exóticos, pero nada "normal", como perros, gatos o tortugas. Hasta ahora tengo un perro aunque siempre lo deseé. Mis hermanos eran *boy scouts* y de sus expediciones al campo a veces regresaban con animales silvestres; así que tuvimos un cocodrilo, una zorra gris y unos búhos pequeños rescatados de un árbol que iban a tirar. También curé y cuidé a un coyote herido que encontraron en la carretera.

¿Trabajaste como veterinario?

Poco; durante mi servicio social con animales de granja en un rancho experimental de la Universidad Nacional Autónoma de México. Al acabar la carrera, el Instituto de Ecología me contrató para trabajar con venados en la sierra de Durango, como asistente de investigación. El concepto de asistente no era por asistir a nadie, sino un proceso para ascender a investigador. Estuve ahí unos cinco años y después me fui de mochilero a Canadá; recorrí casi todo el centro y oeste del país durante casi un año. Cuando volví, entré como docente en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM).

¿Cómo llegaste a Campeche?

En la UAEM trabajé hasta que un amigo me ofreció coordinar un proyecto en Calakmul, Campeche, financiado por la

Universidad de Stanford. Viajé con él al lugar para sondear si me gustaría quedarme. Al principio no quería; en la selva me llené de garrapatas, no soportaba el calor y la humedad... Pero un día en la noche acampamos en el sitio arqueológico de Calakmul, que en aquel entonces no estaba tan controlado. Nos quedamos en la pirámide principal y vivimos un amanecer realmente espectacular: ese mar de árboles visto desde arriba; ese amanecer con el sonido de los monos aulladores, y las aves, y toda la selva; ese amanecer de noviembre con la brisa fresca... Acepté el trabajo.

Luego supe que había gente de ECOSUR echando a andar la Unidad Campeche y fui a visitarlos en la casa rentada en la que estaban trabajando. Me incorporé a la institución y al año ya era coordinador interino de la unidad. Fui interino porque estaba por irme a Inglaterra a estudiar la que en ese tiempo era la única maestría sobre salud de animales silvestres, y luego el doctorado. Éramos sólo tres investigadores, un administrador y una persona que hacía la limpieza. Trabajábamos sin aire acondicionado, con ventiladores, calor y muchísimos mosquitos que te comían vivo; venían de un lote baldío que era prácticamente un pantano. La vivienda era muy vieja, llena de salitre; a veces estaba uno escribiendo tranquilamente en la computadora y de repente caía un pedazo de techo... Sin embargo, desde entonces todo ha sido interesante.

¿Salud de animales silvestres es lo que se llama medicina de la conservación?

Sí y no. La disciplina en salud en vida silvestre puede referirse, por ejemplo, a la medicina veterinaria con animales

¹(<http://jmweber.blogspot.com> y <http://weberphoto.blogspot.com>).

en cautiverio (como en el zoológico), o bien, ligarse de manera más amplia a la medicina de la conservación. Ésta surgió apenas hace unos 10 años y es una materia multidisciplinaria que trata de vincular la ecología con las ciencias de la salud (medicina veterinaria y humana) y las ciencias ambientales, con el fin de encontrar respuestas conjuntas a preguntas complejas, como por qué en todo el mundo están surgiendo enfermedades nuevas en una tasa mucho más rápida que en el pasado. Yo me considero un especialista en salud de vida silvestre que trata de hacer medicina de la conservación; decir que hago esta última sería muy ambicioso y arrogante.



¿Qué relación tiene este tema con tu trabajo actual?

Es el centro de mi trabajo. Mis estudios de posgrado giraron en torno a la ecología de fauna silvestre y mis publicaciones desde antes del posgrado han sido en gran parte sobre venados –he estudiado tres de las cinco especies que hay en México–. Al terminar el doctorado y regresar a México, cambiaron mis intereses y cada vez me enfoco más a la medicina de la conservación, la cual me da la oportunidad de combinar mis dos grandes pasiones: la ecología y la medicina veterinaria.

¿Qué consideras importante para México en cuanto a medicina de la conservación?

Un aspecto a resaltar es el gran vacío que hay en el tema. Al ser una disciplina tan nueva, en algunos países han llenado los huecos de información a través de otras disciplinas, por ejemplo, con aportes de biólogos y médicos veterinarios que han estudiado las poblaciones de vida silvestre. En México no es así, y el vacío es tan grande que resulta difícil saber por dónde empezar. Entre diversos temas, convendría saber más sobre la prevalencia de zoonosis o enfermedades que los animales transmiten a los humanos, y sobre la antropozoonosis o enfermedades que los humanos transmiten a los animales.

El trabajo que hago con mis estudiantes es muy básico; son cuestiones que en otros países se conocen desde hace más de 20 años y aquí no, porque no ha habido el interés gubernamental ni académico. Por poner un ejemplo, si a una persona le mandan a hacer análisis de sangre para determinar con precisión su enfermedad, será fácil pues conocemos los parámetros normales de la sangre de los humanos, pero no así de muchos animales. Un estudiante atrapó más de 50 cocodrilos silvestres y estudió más de 50 en cautiverio para conocer su perfil hematológico y saber qué es lo normal y qué no. Todo esto suena muy loco, sin embargo, es fundamental; es el primer paso en la medicina de la conservación. Algo parecido estamos haciendo con tortugas marinas, de agua dulce y con tortugas del río Usumacinta que están en peligro de extinción, entre otros animales.

¿Cuáles son los parámetros para determinar por dónde empezar?

Los parámetros son diversos; a nosotros nos interesan las especies en peligro de extinción, aunque también tengo interés académico por las especies invasoras, es decir, las que son introducidas y por eso causan problemas ecológicos en los ecosistemas. Actualmente tenemos un proyecto con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, para el estudio

de perros y gatos asilvestrados (ferales), y un punto medular son las enfermedades que estos animales semidomésticos o callejeros puedan estar transmitiendo a las poblaciones de fauna silvestre, como la rabia, la sarna o el moquillo canino. En África se han documentado casos de moquillo contagiado por perros a leones y chitas, y no creemos que México sea la excepción. Calakmul es la reserva mejor conocida por sus poblaciones de jaguar –en peligro de extinción–, y en las comunidades aledañas hay bastantes perros que pueden transmitirles enfermedades potencialmente peligrosas.

¿Cómo se delimita que una especie está en peligro de extinción?

La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) –instancia ampliamente reconocida a escala mundial– cuenta con un proceso muy bien estructurado que se basa en la evidencia. Los criterios tienen que ver con la distribución, abundancia, tamaño poblacional y muchos otros parámetros técnicos. Un ejemplo: el tapir se distribuía desde Veracruz hasta Chiapas y hoy en día prácticamente ya no existe en Veracruz ni en Tabasco; hay en Campeche, pero muy poco en Quintana Roo; la drástica disminución en su área de distribución lo pone en riesgo. En el caso de los anfibios, hay una enfermedad



llamada Chytridiomycosis, que está causando muchas muertes y disminuyendo sus poblaciones. Los expertos aportan sus datos de cuántas ranas de determinada especie encuentran muertas y con eso la especie pasa a peligro de extinción.

Tú perteneces a la UICN, ¿verdad?

Sí, pertenezco al grupo de especialistas en venados y al grupo de especialistas veterinarios. Si la UICN quiere revisar su lista roja de especies en peligro de extinción, consultan a los expertos locales. Yo he revisado tres fichas para México: las del venado bura, el temazate rojo y el temazate de la península de Yucatán. Es un cargo honorario, sin remuneración.

¿Qué influencia tiene la lista roja en políticas públicas de conservación?

Es una pregunta compleja... Los problemas de conservación están más relacionados con la gente que con los animales; nosotros causamos el 90% de ellos. Yo trabajo con animales porque no me gusta nuestra especie y aunque me considero conservacionista, reconozco que para hacer conservación real se requiere trabajar con la gente. En algún momento traté de hacerlo, pero me frustré mucho; prefiero seguir con los animales porque es lo que me da placer y no quiero que el gusto se me acabe...

La problemática de la conservación tiene tantas vertientes: cambio climático, sobreexplotación, introducción de especies exóticas o invasoras que compiten con las nativas por recursos, introducción de enfermedades y parásitos; pero en la base de todo están siempre las personas, lo cual hace que la labor sea increíblemente difícil. Como académicos debemos ser humildes, aportar ladrillito tras ladrillito para solucionar pequeños problemas que a su vez puedan contribuir a resolver grandes cuestiones.

Si tuvieras la posibilidad de rescatar a una especie en peligro de extinción, ¿cuál escogerías?

Yo creo que primero a nosotros los humanos. Aun cuando no nos encontramos en peligro de extinción y de hecho sobrepoblamos el planeta, en sentido estricto sí estamos en riesgo: estamos acabando de tal modo con la base misma de nuestro sustento, que quisiera creer que hay alguien que nos pueda rescatar... El budismo plantea que en cada persona hay un "dios" en potencia; si todos pudieran ser ese dios, se estaría rescatando a los humanos... Pero que conste que sólo creo en san Carlos Darwin.

Ya que mencionas a Darwin, ¿cómo resumirías su aporte a 200 años de su nacimiento?

Su obra fue un parteaguas que cambió la forma de pensar no sólo de los científicos, sino en la teología y para el común de la gente; hizo pedazos todos los dogmas y fue el origen de muchas revoluciones científicas, como diría el físico Thomas Kuhn. *El origen de las especies* es un libro difícil de leer, pero sigue siendo fascinante. El relato de los viajes de Darwin en el Beagle, su barco, nos muestra a un increíble observador de la naturaleza, lo que alguien como yo no puede dejar de admirar. La teoría de la evolución moderna quedó completa con los planteamientos sobre genética de Gregor Mendel, un monje que unos años después de Darwin estableció cómo diversas características de los organismos se transmiten por herencia de padres a hijos.

Aunque sólo crees en san Darwin, tu relato del amanecer en Calakmul sonó muy místico.

Tal vez soy una persona mística, pero no creo en un ser superior. Con lo que siempre he comulgado es con la naturaleza; encuentro un contacto realmente especial con ella, casi surrealista. Por eso desde muy niño me iba solo a acampar, y lo sigo haciendo tanto como el trabajo me lo permite. Cuando puedo me voy al monte con mi tienda de campaña, mi kayak, mi bicicleta y mi cámara.

¿Por qué prefieres a los animales más que a las personas?

De niño, cuando mis amigos iban a nuestra casa, estaban muertos de miedo por mi zorra o mi cocodrilo, y yo le decía a mi mamá que prefería jugar con mis animales. Siempre he mostrado un sesgo muy fuerte hacia ellos; carecen de los defectos que nosotros tenemos. Para que no suene tan fuerte ni tan romántico, digamos que son más "limpios"; por nuestro proceso evolutivo, con este cerebro tan grande hemos logrado avances espectaculares, pero también hemos hecho cosas terribles... somos la única especie capaz de aniquilarse masivamente a sí misma, y somos los únicos con características como la traición o la corrupción. La complejidad de los humanos me agobia, por eso, la simplicidad de los animales ha sido para mí un escape desde niño; estar con ellos en el campo es algo que disfruto muchísimo y así va a ser toda la vida. ☘

Laura López es técnica del Departamento de Difusión y Comunicación (llopez@ecosur.mx).

¿Tienes problemas para el
diseño de proyectos?

¿Quieres **generar información**

que te ayude a la toma de **decisiones** en tu

organización, grupo de trabajo o empresa?

ECOSUR te ofrece consultorías y asesorías en diversos temas como:

Sistemas agrosilvopastoriles

Manejo de cultivos

Tecnologías alternativas

Manejo integrado de plagas

Pesquerías artesanales

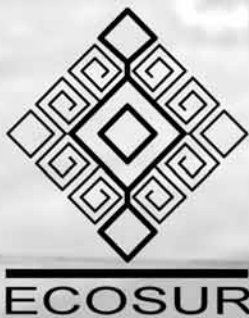
Ordenamiento territorial

Manejo de la biodiversidad

Servicios ambientales

Análisis de laboratorios.

Además de temas relacionados con la salud, género, violencia familiar o innovación educativa.



Informes con Felipe Serrano: (983) 835.04.40, ext. 4740, fserrano@ecosur.mx; o en las coordinaciones de Vinculación de las unidades:
San Cristóbal: afragoso@ecosur.mx / Chetumal: corosas@ecosur.mx / Tapachula: mfiguero@ecosur.mx / Villahermosa: mlmartinez@ecosur.mx / Campeche: lpadilla@ecosur.mx